

EL PATRIOTISMO O EL PARRICIDIO

Cuanto al homenaje concedido para honra y prez del hombre, cuya semántica latina y medieval es como una divinización o entusiasta e ndiosamiento de cualquier ser humano, se opone el homicidio destructor de esa misma y humana naturaleza, de la proximidad del prójimo; tanto al patriotismo, que magnifica la autoridad paterna, la patria potestad sublimada y engrandecida en la Patria, se contradice la negación y aniquilamiento mutuo de padres e hijos, mediante el parricidio, con una idéntica etimología antagónica. Los mitólogos y los psicoanalistas han descubierto este sacrificio profano, dentro de los episodios de la historia y de la leyenda, presentándonos el españolísimo pintor Francisco de Goya el lienzo impresionante del dios Saturno devorando a sus hijos, así cual el cordobés Séneca versificó las estrofas de la tragedia "Medea", donde la madre inmolaba a la prole de sus entrañas.

Los Estados Unidos de los Padres Fundadores, la U. S. A. patriarcal y mormónica se ha dejado comer el terreno por la Norteamérica del matriarcado, engendradora de la rebelión filial, del asesinato casi ritual de los maestros y de los progenitores, aunque ya en el Paraíso bíblico el varonil Adán fue vencido por las zalamerías femeninas y disolutas de la serpiente, enroscada en la vanidad fértil de Eva. Los retornos simbólicos del Hijo Pródigo se prodigan bastante menos y, tal vez nada, en esta época norteamericana, de confort y opulencia mundiales y corrosivas de la disciplina,

del patronazgo y de la paternidad, sin darse cuenta en su petulancia engreída que se repiten los ritos tribales sobre el engullimiento del anciano, la sustitución cíclica y, cuando es menester, violenta, del padre por el hijo, y aquellos perpetuos complejos del alma envidiosa, emuladora y parricida.

"Nihil" es un vocablo equivalente a la imposibilidad de existir y ver, si quiera la rayita negra y cimera de las habas en la Roma agraria. Pues bien, de esa palabra expresiva de lo indiscernible, el escritor ruso Iván Turgueniev, en su novela decimonónica "Padres e hijos", obtuvo el hallazgo y la primera designación del nihilismo, cuyos arrasadores y dinamiteros nihilistas, trastocando las denominaciones habituales, emergían, revolucionaria y subversivamente contra los patriotas. Frente a la Europa tradicional, dinástica y conservadora, el patriota supuso un concepto y una acción constituyente y guerrera, que rompían los vínculos de las castas y los límites de las fronteras, expandiéndose de un modo militar y desenvuelto esa veneración de la Patria, como un encumbramiento jerarquizante y exigente y, acaso abstracta, de los padres.

Ahora asistimos a la inversa conducta, al panegírico moral e intelectual del parricidio irresponsable, ante la mengua o desaparición del patriotismo acomplejado y de sus exponentes, cuales el floklore, el idioma y la bandera, encima de un periodo de turismo internacional, de retorno del esperanto y de apogeo de los cantos populares en un inglés monopolístico

e impuesto por la superpotencia norteamericana, cuya intromisión se extiende, desde la deletérea droga a las promiscuidades sexuales y enemigas del "pater familias", hasta los planes pedagógicos, donde el profesorado magistral desaparece y no hay otra enseñanza que la de Manson y sus secuaces, todos indultados de la pena de muerte, por la filantropía favorable a los homicidas y parricidas de una California vendedora de su primogenitura de viriles pioneros por un plato de electorales lentejas.

Sin embargo, el patriotismo no se ha extinguido en el reciente Israel de los arcaicos patriarcas ni en la Rusia soviética, donde cada persona conserva entre el nombre legal y el patronímico familiar otro apellido compuesto de la onomástica del padre, aun cuando la fugitiva hija de Stalin lo renegara, pues se ha norteamericanoizado y matriarcalizado tanto, que hasta acaba de desligarse para no pertenecer ni obedecer a su cuarto marido. En la confuciana China de Mao se continúa el culto antiguo de los antepasados y, pese a la revolución cultural de los niños y los adolescentes impera una dictadura de ancianos, basada en la religiosidad del patriotismo.

También, en España, pueden observarse infinitos ejemplos de una respetuosa reverencia filial, aunque en las Universidades se ponga el veto a los catedráticos, debido, quizá, a que la mayoría de los profesores no numerarios son a penas criaturas de análoga edad de los propios alumnos y promovidos por un afín desequilibrio delante de otra generación y de una socie-

dad española, que han dimitido, y aunque parezca que todos los parricidios imaginarios o virtuales están al acecho. En una cofradía gastronómica y amistosa de comensales, bajo la enseña de los Doce Apóstoles, a la que concurrían los padres sexagenarios con sus descendientes veinteañeros, sin discrepancias y con consenso comunitario, he puesto de relieve cómo la reunión se efectuaba en un restaurante, que aún conserva el rótulo nominal del padre, y como allí Gregorio Marañón Moya se sentía incluido y dichosamente encuadrado en la biografía paterna por Marino Gómez Santos y como el doctor ingeniero Fernando Derqui había publicado un libro acerca de la conservación de monumentos para conmemorar el centenario de su padre, el gaditano don Carlos Derqui, al que ofrecía la aportación fructífera de sus diez hijos e hijas.

Al referirse el general De Gaulle a la Europa de las Patrias, en una antétesis germinal y creadora de la tecnocrática y apátrida Comunidad Económica Europea de los eurócratas de Bruselas, nos reafirmaba el antídoto del patriotismo integrador frente al parricidio de lo vernáculo, de lo familiar, de lo humano. Así como era frecuente el refrán latino: "talis mater, qualis filia", conviene no olvidarse de la otra máxima de nuestro refranero, donde se rendía homenaje renunciando al suicidio, al homicidio y al parricidio, al elogiar la esencia, presencia y potencia del patriotismo, o sea de tal palo, tal astilla.

Juan APARICIO